

***La musicalidad
en el texto***

Héctor Torres

Como en la música, el ritmo provee a la historia el tempo, la cadencia a la que nos desplazamos a través de sus escenas, cómo se desarrollan y cómo las conectamos unas con otras. El ritmo garantiza el movimiento desde que la historia arranca hasta que termina. Pero, como en la música, la melodía es la que llena de color esos espacios marcados por ese ritmo. Es lo que pondrá el tono a las emociones que se expresan en la historia. Toda emoción que se expresa en cada escena de la historia será más o menos eficaz en tanto sepamos construir esos pasajes con la musicalidad adecuada. El ritmo pone el tempo y la melodía el sentimiento. Son dos conceptos que van de la mano para lograr que la historia tenga la atmósfera adecuada en cada escena que vamos a desarrollar.

La eficacia del texto viene dada por su expresividad, por su capacidad de darle el máximo significado a las palabras.

Ya se ha dicho que la eficacia del texto viene dada por su expresividad, por su capacidad de darle el máximo significado a las palabras. Un texto de poderosa expresividad es convincente no porque diga verdades irrefutables, sino porque compone frases irrefutables (seductoras, hechizantes) que estimulan la capacidad de sugerir emociones en el lector. Que sean capaces de producir esas emociones incluso antes de ser comprendidas a cabalidad de forma racional. La musicalidad del texto facilita esa tarea, haciendo que cuanto se diga parezca un hecho incuestionable.

Cuando leemos un texto sin color, que avanza penosamente o que no logra despertar el interés del lector, estamos ante un autor que pudo haber tenido la vista adecuada para dar con una revelación, pero no tuvo el oído musical para componer un texto con el ritmo y la musicalidad que comunicara esos hallazgos. Que diera la sensación de verdad irrefutable.

Para que el lector se sienta ante un texto único, ante la inminencia de una revelación, lo que opera secretamente es una sensibilidad sonora, musical, que le permita avanzar sin poder evitarlo a través de las melodías conectadas del texto.

Veamos un ejemplo de musicalidad, que propicia el estado emocional del texto, incluso antes de la comprensión exacta de todas las palabras que conforman el pasaje. Se trata del párrafo final del cuento “El fin”, de Jorge Luis Borges:

Hay una hora de la tarde en que la llanura está por decir algo; nunca lo dice o tal vez lo dice infinitamente y no lo entendemos, o lo entendemos pero es intraducible como una música... Desde su catre, Recabarren vio el fin. Una embestida y el negro reculó, perdió pie, amagó un hachazo a la cara y se tendió en una puñalada profunda, que penetró en el vientre. Después vino otra que el pulpero no alcanzó a precisar y Fierro no se levantó. Inmóvil, el negro parecía vigilar su agonía laboriosa. Limpió el facón ensangrentado en el pasto y volvió a las casas con lentitud, sin mirar para atrás. Cumplida su tarea de justiciero, ahora era nadie. Mejor dicho era el otro: no tenía destino sobre la tierra y había matado a un hombre.

Ya las primeras líneas de este pulido texto nos sumergen en un estado de ánimo a través de la musicalidad de sus palabras: “Hay una hora de la tarde en que la llanura está por decir algo”, para luego contarnos acerca del crepúsculo de una vida.

Asimila la descripción de ese atardecer cargado de esos misterios que parece a punto de revelar cada tarde, para cerrar con una escena donde un hombre siente el vacío que deja haber acabado con la vida de otro. ¿Qué relación tiene ese misterio que se revela en silencio con ese otro que carece de respuesta para el protagonista? ¿Quizá el hecho de que la vida (entiéndase por vida, la naturaleza) es ajena a los asuntos de los hombres? ¿O que, por no saber leer esas revelaciones, vamos por la vida dando tumbos? En todo caso, ya esas primeras líneas nos ponen en un contexto muy específico. Esa incomprensible y hermosa melancolía de los atardeceres, como marco para una tragedia, que también tiene su toque melancólico. Inexplicable. No es una escena desesperada. Al contrario, carente de exaltación, el personaje parece resignado a su destino. Todo eso podemos sentirlo solo con la hermosa cadencia con la cual el autor reflexiona acerca del misterio de los atardeceres, y cómo ese misterio se conecta con la escena que sigue a continuación y arroja toda vida que se desarrolla en ese marco.

Asombro sin comunicación es estéril a efectos de la expresión literaria

Esa relación entre la mirada del autor y su oído es la misma relación entre la capacidad de descubrir revelaciones y la capacidad de comunicarlas. Asombro sin comunicación es estéril a efectos de la expresión literaria. Es el oído el que nos permitirá comunicar ese asombro, pues convertir esa historia concebida en una composición estética requiere de la capacidad de transmitir esas emociones como lo hace la música, que es capaz de sugerir estados de ánimo sin hacer uso de las palabras, es decir, sin un mensaje racionalmente decodificado por parte del oyente. El mismo Borges comentó en una ocasión que “todas las artes aspiran a la condición de la música (citando a Walter Pater), porque en la música la forma se confunde con el fondo”.

Sobre ritmo y música en el texto literario, comentó Paul Auster al señalar que “el acto de escribir empieza en el cuerpo, es música corporal, y aunque las palabras tienen significado, pueden a veces tener significado, es en la música de las palabras donde arrancan los significados. Te sientas al escritorio con objeto de apuntar las palabras, pero en tu cabeza sigues andando, siempre andando, y lo que escuchas es el ritmo de tu corazón. (...) Escribir es una forma menor de la danza”.

En el texto literario, que vale por su forma, como se ha dicho antes, la historia y todos los aspectos racionales que la conforman son expresados a través de una composición diseñada para suscitar emociones. Es lo que afirma Truman Capote cuando señala: “Para mí, el mayor placer de la escritura no es el tema que se trate, sino la música que hacen las palabras”. Algo similar señala el narrador venezolano Federico Vegas, cuando afirma que “cualquier línea tomada al azar debe hacerte sentir que podrías enamorarte del autor. Esa sensación me importa más que la trama o el tema”. Ambos autores subrayan la importancia de la musicalidad (de la capacidad de suscitar emociones) en el texto literario.

Se trata de documentar con la mayor eficacia posible nuestra versión de “lo sucedido”.

Es decir, como se trata de documentar con la mayor eficacia posible nuestra versión de “lo sucedido”, escribimos con la intención de que el lector pueda recuperar esa experiencia con claridad. Y la musicalidad y el ritmo son esenciales para revivir en el lector esa experiencia de vida que le estamos ofreciendo en el relato. Nuestra búsqueda es producir imágenes poderosas que puedan ser “vistas” (reproducidas con facilidad) por el lector, porque las oye con una cadencia que facilita esa tarea de una forma intuitiva.

A continuación, te presentamos una serie de pasajes de historias (columna izquierda) en los cuales se pueden apreciar los elementos de la musicalidad que hemos venido trabajando. En la columna de la derecha te indicamos el detalle para que puedas comprenderlo mejor:

Pasaje	Comentario
<p>Andrea tiene los ojos más lindos que he visto. Son negros, profundos. Me gustaría ver en ellos el reflejo del Ávila y la luz de un atardecer caraqueño. Paso Ataques es el pueblo donde nació, pero Caracas es su verdadera ciudad.</p> <p>Sé que mis amigos son felices en Montevideo. Trabajan. Se han esforzado. Son independientes. No se rinden. Con seguridad leerán esta historia y sonreirán porque saben que digo la verdad.</p> <p>Viven. Y eso es lo más importante.</p> <p>Han conocido la vida.</p> <p>Y quien conoce la vida solo puede amarla y sonreír, como ellos.</p>	<p>Es el final de “El sur que te prometí”, de Jan Queretz. El lánguido ritmo y la serenidad de las frases propician el estado de ánimo ideal para ese cierre, que busca un tono de una reflexiva gratitud ante los hechos de la vida.</p>
<p>Es un desastre. Nada más despertar, el mundo se le viene encima. Ya sabe cómo es. Pasará el día pensando que es una pesadilla, que un día va a despertar y Jean Luis estará ahí. Pero ahora es justamente el momento en que todo vuelve a empezar y no puede quedarse en la cama un siglo, oyendo los ruidos de la casa y sintiendo cómo se enfrían las lágrimas en su lento viaje por las sienas.</p>	<p>Así comienza “El viaje más desesperante en la vida de Karina”, historia de Milagros Socorro para la serie Eran solo niños. Esa primera frase, corta y sentenciosa, pone el marco para todo lo que leeremos a continuación. Diese la impresión de que cada frase está medida para avanzar en un vaivén a lo largo del párrafo para mostrarnos el devastado sentimiento de una madre que al despertar cada día recuerda la muerte de su hijo.</p>

Pasaje	Comentario
<p>En Canaima descubrió las respuestas a las tantas preguntas que se hacía. Ahora quiere trabajar en fundaciones, hacer voluntariado, estudiar un postgrado en pediatría porque ama a los niños: los de su escolita, los que la visitan en el ambulatorio, los que pintan con tiza junto a ella, los que hacen música en la orquesta. Y los que le dejan un trozo de casabe en su puerta para que sepa que dar y recibir son una misma cosa, como los ríos que se cruzan en algún punto hasta llegar como uno solo a esa laguna donde ella suele bañarse y siente la dicha de estar viva.</p>	<p>Con este emotivo párrafo cierra “Las respuestas que Laura encontró en Canaima”, de Valeria Pedicini. La ágil enumeración de lo que la protagonista quiere hacer da paso a otra acerca de los niños que ella aprendió a amar, para cerrar con una metáfora de mucha fuerza como lo son los ríos que se unen en las aguas de Canaima, todo esto en una larga melodía que propicia que el lector se lleve todas esas imágenes comprimidas en ese final de la historia.</p>
<p>Crié cuervos, crié fama. De tanto en tanto tiemblo cuando los chismes caraqueños se acercan a mi nuevo lugar de trabajo. Pero pretender apagar las llamas que dejé en el camino con un vaso de agua me parece la más triste de las negaciones. No dejaré de escribir sobre mis experiencias más vulnerables —si no, ¿para qué escribir?—. Si lo que hice obstaculiza los destinos que me he planteado, asumo totalmente la consecuencia. Lo importante es que estoy aquí, que mis dedos teclean sin parar, que sonreír el día después me llena de vigor como pocas veces antes.</p>	<p>Este es un pasaje de “Ya solo queda cruzar con cuidado”, historia de Carlos Egaña con la cual ganó el 1er lugar de la II edición del Premio Lo Mejor de Nos. Desde la primera línea este texto hala al lector hacia adelante para producir una sensación de unidad muy sólida que permite que el lector sienta toda la atmósfera de lo que el autor relata como un todo.</p>
<p>Mi caligrafía es una trama de garabatos que se aferran a la infancia. Jamás cambiarán. Es fea, zigzagueante, ajena a márgenes. Indescifrable. (...) Demoro inmensas horas en una retahíla que otros consiguen en minutos. Por ello me impiden salir a recreos. Raras veces consigo terminar los exámenes. Ruego minutos. Quiero tener otra mano, una extensión que consiga dar tinta a todo lo que aprendo y pienso. Escribir a mano es tortura. Duele. Escribir me rompe. A veces sangro. Cuando la piel logra cicatrizar, vuelve a abrirse. Vivo en la herida.</p>	<p>Se trata de un pasaje de “El natural y sanador efecto del temblor”, de Jacqueline Goldberg, que forma parte de su libro <i>El cuarto de los temblores</i>. En el mismo la autora logra transmitir la angustia que le produce no poder dominar la caligrafía y sumerge al lector en su desasosiego casi sin que se dé cuenta.</p>

PROPIEDAD DE:

la
vida
de
nos

El Aula e-nos

www.lavidadenos.com

lavidadenos@gmail.com

@lavidadenos

DESARROLLADO POR:



CONSULTORES INNOVARTE, C.A.

www.innbicuo.com

contacto@innbicuo.com

@innbicuo

Este documento tiene fines formativos. No puede ser reproducido ni distribuido, total o parcialmente, ni con fines comerciales, sin el consentimiento de su propietario.